

ACOTACIONES DE UN LIBERADO

Estas páginas fueron en su mayor parte escritas bajo el terror y la impaciencia, para mí solamente, y no pensaba publicarlas, porque nada añaden a cuanto ya se ha dicho desde la liberación. Con haberme servido entonces de válvula de escape, ya cumplió bien la pluma. Pero ante el libro publicado ahora por el Ministerio de Justicia, como avance de la información instruida por el ministerio público sobre la dominación roja en España (1), entresaco algunas de aquellas cuartillas, en su limpio desorden, en su prosa esquinada.

El libro —importa ponderarlo bien— aparece de intento cuando en los espíritus va cicatrizando ya el dolor, y la magnanimidad del Caudillo ha marcado una actitud ejemplar. La magnanimidad, que es virtud de los fuertes y no recurso de los débiles. El Señor nos libre de quedarnos petrificados cara al pasado, de mantener las alambradas, de enconar las heridas. Pero el Señor nos libre también de confundir el perdón con el olvido y de hacer sucia almoneda con el dolor de España. “No se trata —lo advierte paladinamente en su prólogo nuestro ministro de Justicia— de remover llagas que tienden a cicatrizar, ni de mantener constante una hoguera en la que se calcinen los mejores sentimientos de los españoles. Se está en el deber, en cambio, por parte de un Estado fortalecido sucesivamente por el dolor, por la victoria y por la sabia dirección de su insustituible Jefe, de señalar documentalmente la verdadera ocurrencia de los hechos que cubrieron de luto y de oprobio a nuestra Patria. Nos acucia la obligación de dejar sentada la culpabilidad de quienes produjeron o facilitaron la criminalidad-ambiente que se enseñoreó de España... En la escueta sercuidad con que se han redactado estas páginas fieles tenemos todos los españoles el recuerdo de un peligro pasado y la norma que ha de guiarnos en lo sucesivo, en evitación de un retorno a la iniquidad.”

(1) *Causa general. La dominación roja en España (Avance de la información instruida por el Ministerio público)*. Prólogo del Excmo. señor ministro D. Eduardo Aunós. Madrid, 1944, Ministerio de Justicia.

De puro inhumanos, aquellos crímenes han quedado como una pesadilla inverosímil. No vamos a traerlos aquí. Pero ocurrieron, y ahí están los documentos y los gestos de tantas víctimas. No nos tapemos los ojos, con torpe sensibilidad. Se perdona de todo corazón; pero no se olvida. Precisamente ese es el mérito y la trascendencia del perdón, que si fuera simple olvido no tendría gracia: porque la pérdida de la memoria, en los pueblos como en los hombres, lejos de ser virtud, es síntoma de chochez senil, que nadie agradece y aun sirve de ludibrio.

Mientras llega la revolución.

En 1849, frente a los ciudadanos alegres y confiados que negaban el peligro socialista en España, escribía Donoso Cortés al conde de Raczinski: "Se cree generalmente que el socialismo no ha penetrado en España. Error, error profundo. El día en que sean rotos los diques, veréis aquí más socialistas que en París, y me preguntaréis con espanto de dónde han salido esos monstruos. Yo no sabré decirlo... Todo lo que penetra en España, luego al punto llega a los últimos límites de la exageración... Sólo nos falta exagerar el socialismo, y lo exageraremos, ciertamente. Entonces veréis lo que son los españoles, enamorados de una idea buena o mala."

No voy a seguir ahora por donde las profecías de Donoso: me basta con marcar su videncia. Contemplaba él entonces a distancia la trayectoria de un pueblo que andaba a bandazos desde comienzos del siglo, mientras los sociólogos segregaban teorías y los políticos componían gestos de superhombre. Superhombres sin fe ni esperanza ni caridad, para quienes la humanidad era pura generalización.

Decenios más tarde, a fuerza de vivisecciones y de motines, fueron reconociendo el peligro hasta los sordos; sólo que la revolución fué convirtiéndose en tema de discursos y sofismas y ensayos, y acabaron por olvidar que era una amenaza viva. Porque lo malo de estas revoluciones no es que lleguen sin anunciarse: ¡allá los avestruces que se resisten a encájar la catástrofe porque va contra ellos! Lo malo es que se anuncian con demasiada

insistencia, y la palabrería las ablanda de tópicos, y luego no encuentran a casi nadie en su puesto.

Unos se dan a planear la gran batalla. De este lado, los buenos; de aquél, los malos. Y echan la raya divisoria y recuentan las fuerzas de ambos bandos. Ignoro de qué amasijo están hechos tales cerebros; pero no me sorprenderá su pasmo cuando el volcán se abra a sus propios pies.

Otros se acogen a una dulce fórmula: vivimos horas de transición. Sino que la traducen a su gusto: no hay nada que hacer, permanezcamos a la expectativa, dejemos pasar el turbión, hasta que llegue nuestra hora, y entonces, sin desgaste alguno, sabrán de qué somos capaces... El infierno debe de estar lleno de gentes que aguardaban su hora con temor aséptico a desgastarse, gentes que continúan suspirando, murmurando, durmiendo, y cuando irrumpen los bárbaros, ni se los comen siquiera, porque huelen a podrido.

Los hay que confunden una revolución con una algarada, y confían en el Gobierno. De esta inocente confianza tienen enorme culpa los propios gobernantes por su funesta y ridícula manía de afirmar, venga o no venga a cuento, que son "dueños de todos los resortes del Poder". ¡Como si cupiera dominar tan vasta perspectiva! Como si el proceso liberal no fuese de hecho la pérdida progresiva de todos los resortes propiamente humanos! Son ya muchos años de gobernar a los hombres por la cáscara, y el Poder, más que roto, está corroído.

No faltan, el desfile sería interminable, quienes, con deliciosa inconsciencia, preguntan si sucederá algo grave, si "las cosas" no llevan camino de solución, si vamos por fin a vivir tranquilos o se impone la emigración. Traducido al lenguaje vulgar: si peligra la bolsa o la vida, más mezquina aún que la bolsa. Y entonces, o emigran o tratan de concertar una póliza de seguro, protegiendo a cualquier grupo revolucionario, cuando más extremista mejor. Lo que se completará incubando en el seno de la familia al señorito rebelde, que lleva camisa de seda roja y, con no haber trabajado nunca, cotiza en la C. N. T. o en la U. G. T.

Moraleja: que Dios quizá castiga más por la tontería que por la maldad. El término "perversión" tiene un sentido lógico previo al moral. La paz se pierde cuando la moralidad quiebra, y la moralidad quiebra cuando ha quebrado la sensatez. No habrá paz ni

seguridad para los necios. Hemos ido revistiendo de ropaje teórico miserables realidades pasionales. Y así, por vías de liberalismo, pero a impulsos de la pasión, hemos consagrado mitos tan absurdos y fatales como el de los delitos políticos.

Por ejemplo: se descubre un alijo de armas destinadas a un grupo de ciudadanos caracterizados por su actitud subversiva. Las armas proceden de la Fábrica Nacional. Son detenidos algunos diputados de la nación. Hay precedentes y reincidentes. Cuantos no se hallan intoxicados por la prosa republicana, saben a qué atenerse desde hace mucho tiempo. Pues bien; no pasa nada, porque han entrado en escena los sofistas con el aquél de la autonomía de la conciencia.

Demos de mano al histrionismo de quienes alegan el derecho de la propia convicción, de quienes se atribuyen ideas avanzadas que no pasan de apetitos irrefrenables. Pero, si admitimos entonces la impunidad, ¿dónde nos detenemos? En pos de quienes delinquieron por sus ideas políticas vendrán los delincuentes fieles a sus principios religiosos y morales: los blasfemos, los que, por considerar el pudor como un atentado a la naturaleza y el matrimonio como una menzura de la libertad, proclamarán y practicarán el nudismo y el amor libre; los que, puestas sus miras en la redención de la Humanidad, harán arder fervorosamente el mundo por sus cuatro costados. Así se explica que un diario, órgano socialista, afirme que el ministro tiene un concepto de la delincuencia, y ellos otro opuesto. Pronto estallará la conclusión de este relativismo. ¿Delincuencia política? Criminalidad a secas.

Porque no llevamos camino de recobrar la sensatez perdida. El hombre —ha dicho Lasky— no es sólo un animal racional, y mal podemos asegurar que la razón salga siempre victoriosa. Precisa una conmoción muy fuerte para volver a alumbrar con dolor las nociones del bien y del mal, de orden y desorden, para reconquistar, no sólo la paz, sino el sentido profundo de la paz. Estamos ya en tal Babel, que resultan personas “de orden” y garantías de “normalidad” un Lerroux, un Pestaña, un Indalecio Prieto. Ni falta alguna vez la noticia de haberse clausurado durante unas horas tal o cual centro anarquista por incumplimiento de ciertos formulismos gubernativos. ¡Qué bromas tan pesadas! Me recuerdan esas otras de la multa impuesta a un cabaret “por

faltar a la moral". ¡ Como si un cabaret sin faltas a la moral fuese comprensible! ¡ Como si el anarquismo y el gobierno pudieran concertarse!

Intermedio.

Porque de fijo estoy viviendo mis últimos días, y, aunque sobreviviera, he de ser otro, me importa recoger fielmente estas impresiones. Temeroso de los extraños, me vine entre los míos. ¿ Los míos? Cuando a distancia, de siglos quizá, se me apareció la iglesia ardiendo, sentí que un vínculo primario se me soltaba en el alma y en la sangre, y quizá era el de aquella comunidad: ¡ los míos! Y cuando luego vi las tristes ruinas, y los carros cargados de astillas y escombros camino del río, y los restos de las imágenes profanadas, entonces ya hube de despertar de aquel sueño infantil que era mi pueblo.

Hoy mismo, al rayar el alba, fueron arrancando los azulejos del Calvario: a la misma hora en que, día de Viernes Santo, lo íbamos rezando por las calles. Duele pensarlo; pero Dios ya no está aquí. Hubo quien sacó al Cristo de su hornacina, y fué dándole de bofetadas por la acera... Nos habían hablado ya en todos los idiomas de la misión providencial de nuestra Patria: pronto, si el Señor no se apiada de nosotros, seremos tierra de misiones.

Ninguno hemos muerto aún de vergüenza. Por esta angustia sorda de las cosas que dejamos perder, por esta soledad ciega que nos abate desde que entre todos hemos lanzado a Dios, dejo correr la pluma, que no debiera ser la pluma. Abajo, lo veo desde mi escondite, el río se quedó quieto de golondrinas, y la noche va cayendo sobre los sauces de la ribera y sobre las aguas. Corriente abajo pasan de cuándo en cuándo hermanos nuestros... Una noche, ésta quizá, Señor, vendrán por mí.

* * *

Nunca como ahora nos pudimos dar cuenta de la fragilidad y el valor de la vida, sin riquezas, sin comodidades, sin nombre. De cómo se puede vivir sin todo aquello que parecía imprescindible. De cómo se renuncia con alegría a todas las cosas, con sólo

pensar que podíamos estar ya en una cuneta, y que vivimos. “Nunca —exclama uno de los personajes de Kleis— he sentido tal afán de vivir, como desde que he visto mi tumba abierta.”

Las oraciones cotidianas, la acción de gracias por el nuevo día, todas aquellas plegarias que veníamos recitando desde la infancia medio dormidos, adquieren ahora su trágica dimensión. El día, la misma materialidad de la luz, nos sorprende cada mañana con una alegría infinita. Por la noche el pavor se hace más denso, y nos repetimos la consigna ingenua de no abrir a nadie, y planeamos un problemático escape, dispuestos a saltar en cuanto un motor suene a la puerta. Al despertar y vernos todavía juntos, estrenamos el corazón.

Seis meses ya hablando en sordina, como si fuéramos malhechores. Sólo os pido, Señor, lo más difícil, mucho más difícil que el ánimo para perdonar: que me libréis de este desprecio, de este asco incoercible hacia quienes vengan.

* * *

Como ya no hay campanas ni cura ni cruz, los muertos, que algunos franquean la eternidad sin violencias, se van suciamente, como un bicho cualquiera, sin que a veces nos enteremos hasta después de enterrados. Tampoco aquello es ya camposanto, sino pudridero simplemente.

Y recuerda uno el sinfín de divagaciones etnográficas sobre si el culto a los muertos originó el culto a la Divinidad. Lo comprobado es esto otro: que, al proscribir el culto a la Divinidad, ha desaparecido el culto a los muertos.

En prosa vil.

Aquella vecindona, que quería ver fusilados a todos los frailes y monjas, luego cobijó a una monjita desconocida y compartió con ella su pan, para salvarla de la muerte. Mi otra vecina, que decía estar ya harta de iglesias y de santos, cuando el hijo hubo de marchar al frente, lo encomendaba a gritos a San Antonio, convencida de que el Santo se lo devolvería sano y salvo. Nadie osó recordarle, hubiera sido cruel, que el bendito San Antonio

había sido arrastrado por aquella criatura encomendada luego a su valimiento.

Estas pobres gentes son bastante más honorables, en fin de cuentas, que el que pasa por encima de tantos crímenes, y se rasga las vestiduras porque en Bilbao encarcelaron a un clérigo separatista o en Alemania persiguen a un ex diputado del Centro.

Más honorables también que los del mitin comunista último. Tres *oradores*. Los tres, a vueltas de que urgía enviar carne y huevos a los hospitales e intensificar, por tanto, la producción doméstica, han hilvanado una apoteósica doctrina de unificación. Todas las discrepancias ideológicas desaparecían, los católicos cabían muy holgadamente en el antifascismo. Porque lo esencial ahora es libertar a España, o hablando en roman paladino, lo esencial son los huevos, la carne, las cazadoras de punto, etc.

Ese término de "antifascismo" ha sido un hallazgo para esta orgía dialéctica. De un plumazo se juntan conceptos tan divergentes como "fascismo" y "capitalismo", y de otro se revuelven fraternalmente el marxismo y la democracia liberal. Aquí ven algunos un terrible enigma: ¿cómo la causa judía suele andar unida a la del proletariado, cuando representa el gran capitalismo en su dimensión más inhumana?

Por de pronto, ambas coinciden en su desarraigo de la patria, y aquí hay más filiación que coincidencia. Pero en esta cuestión complejísima cabe apuntar otra explicación fácil. Ser socialista no es desear de corazón el bien del pueblo, ni mucho menos sacrificarles nuestra ambición o fortuna personal. Es encaramarse sobre esa masa humana, sin perder el tiempo en mirarles al semblante, y trabajarla como tema político. Cabe ser socialista y millonario; cabe ser apóstol, padrecito barbudo y untuoso, y darle a uno náuseas la plebe.

No se trata de curar, sino de enconar las llagas. Ni menos de mezclar a la suya nuestra suerte. Bien claro lo dió a entender Marx: "Proletarios de todos los países, *uníos*." Nada de "*unámonos*". Sois nuestro instrumento, simplemente, el más dócil, el más ciego que cupo encontrar. Y he ahí por qué el marxismo, al triunfar, no remedia la situación de los "parias de la tierra". Porque esos parias, una vez se les exprimió la voz y la sangre, ya no interesan, y se les deja espulgándose o muriéndose al sol. Es el consabido cuento judío.

Los rojos ingenuos se quedan luego atónitos ante esos empresarios del "antifascismo" que giran su visita de inspección o dan consignas desde allende la frontera, ante las brigadas internacionales magníficamente equipadas y racionadas, ante el periódico de empresa que les birla el papel, ante el personaje que sale contratado al escenario de las Cortes.

* * *

—Es una lástima —me decía este amigo rojo, ya de vuelta— que, cuando el pueblo asalta el trono, se siente en él patas arriba. Cuando se asalta un trono, hay que echarlo inmediatamente por la ventana y vencer la tentación de ensayar posturas en él. Pero ya lo ves, todos los patanes que han podido incautarse de un sillón, se sientan en él como si fuera un trono. Y se retratan, con ese exhibicionismo plebeyo, que es una de las notas más repugnantes de su euforia.

—Amigo mío, es que vosotros tomasteis por revolución lo que no pasaba de desquite. Yo tengo otro concepto, y el vuestro me hace sonreír. Si no hubierais causado tanto dolor y tanto estrago, tendríamos risa para tres generaciones. ¡Qué fotografías tan elocuentes las de esos milicianos en los salones de un duque!, las de esos *magistrados* populares en mangas de camisa, en la Sala del Supremo! Vuestros cabecillas se asomaban a Rusia en coche-cama, y volvían encomiándonos aquellos trenes y aquellos hoteles confortables. Es lo mismo que hubiera celebrado aquel buen burgués que dejasteis tendido en la carretera. Esos frailes que habéis asesinado eran también más revolucionarios que vosotros. No pedían que los ricos no gozaran de la vida; hacían mucho más: renunciar ellos a sus goces. Ni maldecían a quien se acostaba en lecho de plumas: contentábanse con dormir ellos sobre unas tablas. Ni se prometían el amor libre: cuidaban por caridad a muchas de sus víctimas.

—Ciertamente, ha degenerado nuestro sentido moral.

—No, por favor; ¿para qué hablar de degeneración? El marxismo nunca dió más de sí. Todo eso que a ti te sorprende es al cabo la concepción materialista de la historia, sin retóricas, hecha historia viva. Cayeron todas las bambalinas líricas. ¿Arriba los pobres del mundo? ¿A vencer o a morir? ¿Comer, comer a cual-

quier trance! Andreiev lo ha dicho rotundamente en su *Diario de Satanás*: "Si a veces un hombre aislado logra morir tan bien como ha nacido, las masas acaban siempre con abominación..." Y en el infantilismo, que, ¡claro!, de mayores ya no tiene gracia. Los sociólogos nos hablarán luego de muchas cosas: que no olviden ese puro placer de destruir, uno de los más vivos desde la infancia. Entre el niño que destroza un caballo de cartón, y la turba que a golpes rítmicos de viga echa abajo las puertas de una iglesia, no hay demasiada diferencia.

* * *

¡Qué pronto se han embotado los tópicos y las palabras sonoras de la revolución! Años y años de prédicas y profecías libertarias para venir ya, a los tres meses de mando, con distingos de la peor escuela y con el tope de la disciplina. En el diario, en el mitin, en el pasquín. Disciplina, ¿en nombre de qué ni para qué? ¿Dónde están los valores, los principios y fines que la exigen? O, como dirán estos pobres diablos de milicianos: ¿Con qué se come eso?

Glorificaban aquellas columnas de foragidos y prostitutas, auténtico desagüe del marxismo, y ahora un *teniente coronel* —ayer sargento— les enjaretá sus Diez Mandamientos, diez, ni más ni menos que los del Sinaí. ¿Eran necesarios tantos descabros, tantas desbandadas, tanto pus, para enterarse de que entre el Ejército y la horda hay un abismo, más aún que de técnica, de decencia? Y luego, jefes que dan sus órdenes entre partida y partida de brisca, y milicianos que se las jalean o rectifican de igual a igual. Nunca falta un plumífero alquilón para evocar los tiempos de Viriato. Porque, ya se sabe, ésta es una lucha por la independencia.

A tono con esos Diez Mandamientos aparece un folleto del Ministerio de Sanidad. Habían despotricado contra quienes guardaban continencia; y ahora se les dice a los soldados que procuren "sublimar el apetito sexual, no recrearse en lecturas incitativas, no entretenerse en representaciones lascivas..." ¡Padre ministro, esto es lo que nos advertían aquellos Padres del colegio, a quienes ustedes acusaban de perturbar nuestra conciencia! Bien que usted mismo advierte el despropósito de esos consejos en sus

labios, y, a renglón seguido, vuelve a los cauces de la moral laica y recomienda el uso de ciertos preventivos: los mismos, al fin, que suelen emplear quienes acusan a los sacerdotes de atentar contra el sagrado impulso de la procreación...

La naturaleza humana no se borra jamás del todo, por mucho que se empeñe el hombre. En el teatro y en el cine siguen representándose las escenas de siempre, y el público las acoge encantado. Arte burgués, moral burguesa. Y cuando a alguien se le ocurre representar teatro revolucionario, se quedan solos los acomodadores. Es natural: el teatro revolucionario atraía cuando aún no habían probado la revolución.

El sentido moral, pese al clima rojo, perdura y alguna vez aflora a la superficie. Hay impunidad para todas las desvergüenzas; pero en la misma prensa que propugna la teoría del "vaso de agua" surgen los plañidos por una violación. Y esta mañana aparecía esta idílica noticia: "Un miliciano mata a su compañera y a un amigo, por incomprensión de las ideas libertarias de ambos..."

Del drama calderoniano a esta gaceticilla parece que media un abismo. En la forma; en el fondo, ni un paso: el marido sigue matando a los causantes de su deshonra. Reprochable entonces y reprochable ahora el procedimiento. Pero en estos instantes, ¿por qué ocultarlo? Consuela ese coraje: consuela ver que, a pesar de tanta basura mental y tanto marxismo de alcantarilla, seguimos en España.

* * *

¡Qué escalofrío el del teórico, que diagnosticaba y pronosticaba, y de pronto se las ha con este turbión de hombres sin disciplina alguna, ineducados a fondo! Tantos años de pseudocorreccionalismo cursi, de histerias abolicionistas, para acabar en esta carnicería, y carnicería humana.

A los dos años de guerra nos descubren a un sujeto, autor de cinco asesinatos: cinco *compañeros*, humildes empleados, que van cayendo sucesivamente por estorbar los *negocios* de aquél. Quien, al serle notificada la sentencia, manifiesta que también, para ocupar el magnífico piso en que vive, asesinó a sus inquilinos, un capitán de la *Guardia Nacional*, su esposa y sus dos hijos.

No es el crimen en sí: los ha habido incomparablemente más atroces. Es el hecho de haber pasado inadvertido tanto tiempo. La de crímenes que han tenido que perpetrarse, cuando un *per-conce* como éste permaneció inédito. Todo por el antifascismo. Naturalmente, su atención está puesta en las persecuciones a los católicos de Alemania y en los disturbios de la zona nacional.

Pero todo se explicá, a la vista de este Decreto de 22 de enero de 1937, que confirma "el concurso de un gran número de ciudadanos que por efecto del medio social en que vivía España con anterioridad a la subversión, se hallaban cumpliendo condena o procesados por sus actividades contrarias a la legalidad establecida". Estas criaturitas, "en proporción considerable, forman parte actualmente de las milicias que se batan en los frentes por la defensa de la República". Por todo lo cual, "se concede amnistía a los penados y encausados por delitos cometidos por móviles políticos o sociales con anterioridad al 15 de julio último... Se concede igualmente amnistía (1) a los penados y encausados por delitos comunes". Ya hemos llegado, pues, a la conclusión lógica del mito de los delitos políticos. Los delincuentes comunes no iban a ser menos.

Quizá convenga puntualizarlo. No hubo tales turbas ingobernables: hubo cuadrillas de ex presidiarios, encargados de ejecutar órdenes concretas, y facultados, en premio, para liquidar sus resentimientos personales. Por eso incendiaban un convento de monjas y montaban la guardia en el Consulado de un país enemigo. Y nos registraban a todos los vecinos, pistola en mano, y amenazaban con el "paseo", por ladrón del tesoro nacional, a quien guardaba algún objeto del culto, y descerrajaban las puertas de los ausentes, y... deshaciéndose en excusas ante quien alegó su condición de súbdito alemán. Ingenuamente: "Perdone usted, señor, no tenemos derecho a entrar; ya nos lo han advertido."

Meses después, cuando ya nos habían diezmado, cuando estuvieron liquidadas las venganzas y las deudas impagables, incautados el piso o el automóvil deseados, satisfechos los siete pecados capitales, ¡los siete móviles de la revolución!, el Gobierno trashumante jactábase de haber logrado contener el desbordamiento de las masas.

En coloquio con un priodista francés, el inefable Marcelino Domingo, estilista de la República, se lamentaba de la ceguera

moral de Europa. Una de las figuras de la Sociedad de Naciones se había levantado en pleno Sanhedrín a decir que ellos no podían inclinarse más por una idea que por otra. Europa, ¡oh ignominia!, mantiene, pues, la neutralidad entre el asesino y la víctima, entre el acusado y el juez.

No es cierto; pero esa sería la auténtica postura liberal, consecuente con el credo que nos fueron empapillando desde hace más de un siglo. Hubo tiempos dorados de mimosa persecución en que esa igualdad e imparcialidad les iba muy bien a los delincuentes. Pero ahora, que se han convertido en jueces, y le hemos de dar al pueblo "la justicia que él quiere le sea dada, y con el ritmo y el tono que nos márque" (2), ya no vale. ¿Recuerdan ustedes su trayectoria táctica? Primero pedían tolerancia, un rincón en el recinto nacional. Después, la igualdad, porque la mera tolerancia era humillante. Y luego el monopolio: los otros, los adversarios ideológicos ya no tenían derecho a vivir. Y quizá lo habían perdido: por imbéciles, por dejar pudrir la verdad en sus cabezas, por malbaratar la tradición con pseudoaristocrático hastío.

Suerte que la miseria doctrinal del liberalismo es nuestra arma secreta. Quizá algunos no imaginaran tan agudo raquitismo. Lánzase una frase, ni siquiera idea, y va pasando de columna a columna, de mitin a mitin, hasta que se deshace de puro sobada y mugrienta. Jamás hubo tal desproporción entre hechos tan significativos y comentaristas tan indigentes. Estos eran los que clamaban contra la censura. Algún día saldrá a luz la historia de tantas contradicciones y embustes y silencios. No se ha reparado ni en la Geografía. A raíz de las elecciones de febrero de 1936 ya se le dijo al pueblo de Sevilla que las inundaciones eran debidas a una maniobra de los jesuitas: éstos, despechados por la derrota electoral, habían ordenado levantar las compuertas ¡del Canal de Suez!

Y ese modo de barajar los motes y de tratar las cuestiones más delicadas con terminología de burdel! ¡Y esa falta absoluta de respeto al principio de contradicción! Se niega la Patria, y luego se pide el sacrificio por ella. En el mismo periódico aparece

(2) De la circular dirigida por el fiscal general de la República a los fiscales, en 3 de septiembre de 1936.

un comentario innoble contra los "flechas", víctimas de la vesania militarista, etc., y un llamamiento a los pioneros, esperanza de la República. En una columna se reniega de la Iglesia, y en otra asoma el cura renegado exhibiendo bajo su firma los hábitos que colgó. No hay un rasgo de caballerosidad. El general Moscardó es un verdugo porque sacrificó a su propio hijo y se preparaba a morir con sus leales antes que rendir el Alcázar, y Largo Caballero es un héroe porque sale escapado de Madrid y lo deja ir muriendo de hambre y de asco en manos de Miaja.

En tan claras fuentes bebieron su cultura estos infelices. Cabría traer aquí un sinfín de muestras; pero baste con una. Es de la C. N. T. de Castellón; está fechada en 25 de mayo de 1937, y respetamos su ortografía y su sintaxis (3):

"CAMARADAS, el presente solo sirve para comunicaros que este comite interpretando el sentir de todos sus rrepresentados y enterados de lo que ocurre con el derribo de la IGLESIA DE SANTA MARIA y saliendo al páso de la contra rrevolución que se esta gestando en la rretaguardia se adiere incondicionalmente a la actitud adoptada por ese consejo municipal hasta hoy y en lo sucesivo si acuerda RATIFICARSE en la misma POSICION siendo que ese es el criterio de esta organización sindical, pues no solo nos ratificamos con ese derribo sino con todos aquellos locales que son la GENUINA representación, de la IGNO-RANCIA, del CRIMEN, y de la PROSTITUCION, de la HUMANIDAD.

SOMOS partidarios de la libertad de todos los cultos pero de todos a aquellos que tienen por norma RESPETAR a los demás pero las ordenes RELIGIOSAS que mas pronto seles podría llamar ORDAS SALVAJES que NUNCA han respetado a nadie apreciamos que no son dignas de ser respetadas.

Y sin más por hoy esperando sabreis interpretar el elevado fondo espiritual de este comunicado quedan vuestros incondicionalmente de la causa antifascista."

Este documento es de sí más monstruoso que los cien mil asesinatos perpetrados. No basta con exclamar: ¡qué bárbaros! Habríamos de inquirir cómo han podido lograr ese "elevado fondo

(3) Documento fotocopiado en el libro que nos ocupa. Anexo V, número 30.

espiritual". Y entonces, traer textos oficiales, sólo mejores en la ortografía, y acuerdos tan felices como éstos de que la calle de San Vicente se llame ahora de Largo Caballero, y la de Isabel la Católica, de Margarita Nelken, y la del Divino Pastor, de Javier Bueno.

Con lo que nadie extrañará ya que uno de estos miserables trueque en serio su nombre de Angel por el de Luzbel. Ha sido oportuno. Porque nuestro tiempo apenas le daba importancia al demonio, y el demonio ciertamente merece más atención.

Entre nosotros.

Me contaba cómo aquellos desalmados habían saqueado su casa, una casa tan linda, amenazándoles con el "paseo" a la menor protesta. "Ni un rasgo de compasión, de humanidad."

Y yo, que conocía perfectamente el ceremonial de tales visitas, hube de decirle en voz baja, para ella y para mí mismo: "Cierto, señora, es indigno y muy triste. Duele confirmar tanta sinrazón. Pero no nos creamos víctimas puras: una revolución —advirtió ya Donoso— es la obra conjunta de quienes la hicieron y de quienes la provocaron. Aquellos hombres, tal como usted y yo los hemos visto, tal como ellos se exhiben con petulancia salvaje, quizá apenas tuvieron ocasión de aprender eso que nosotros hemos aprendido a costa de muchos consejos, de muchos estímulos, de mucho mimo familiar, incluso de bastante dinero. No todos son miserables, y libreme Dios de sentimentalismos trasnochados. Pero algunos sí: algunos nacieron en un rincón, casi al azar, y anduvieron luego a trompicones con hambre y sed de los goces más elementales. En la selva hubieran sido más dóciles que a la vista de nuestro mundo. Hablamos de las castas como de algo pretérito e inexplicable: siquiera allí eran lógicas con una concepción, ¿pero, aquí? Usted mismo, señora, ¿sospechaba que tan cerca de nosotros existieran hombres así? Entre nosotros: ¿se áviene usted a digerir la verdad de que las almas de sus criados son del mismo rango que la suya?

Usted ahora, con su casa desvalijada y sus bienes incautados, ya va comprendiendo lo que es pobreza. Pero la miseria es mucho más. Usted tiene confianza absoluta en nuestra victoria y es-

pera volver a su vida. Aun sin esa esperanza terrena, su espíritu cristiano puede incluso trocarle esta tristeza en santa alegría. Porque la resignación cristiana no es un sucedáneo de la felicidad ni receta amarga para ordenarla a los otros.

Temo que muchos, cuando esto acabe, sólo sepan hablar de razones: ¡y, a veces, es tan poca cosa lo de tener razón! Mezquindad necia, la de volverse hacia el prójimo y no ofrecerle otro asidero. Ni tú, amigo, ni yo somos ahora el probo ciudadano que trabaja o estudia y, mejor o peor, llena un hueco en la vida social. No, tú y yo somos —imágnalo por un instante— una de tantas piezas que andaban sueltas, que llegaban tarde a dondequiera que esperaban encajar, que se quedaban siempre a la puerta del mundo, y, al cabo, despechados, proyectaron otro. Que proyectaron mal, esa es otra cuestión.

El hambre y el odio, el bullicio y la soledad de las grandes ciudades juntáronse en la hora liberal y engendraron esto. Rincones de intelectualidad barata, bibliotecas donde se fué encorvando el espíritu hasta quedar más miope que los ojos. Cuartuchos de pensión, colgados sobre la calle alegre y turbulenta. Asomados allí, paladines de lance, soñaron su utopía casi todos los revolucionarios.

Pasar de resentido a resignado, y de la resignación a la paz, es una conversión. La dimensión divina de la conversión es la gracia, y la humana el amor, y ambas amor al fin. “Si hubiéreis caridad”, dice el Evangelio; no dice “si hubiéreis lógica o elocuencia” ni “si hubiéreis razón”. Pero, ¡claro!, seguimos creyendo tontamente que las potencias del alma pueden prescindir de las virtudes teologales. Seguimos entregados al socorrido deporte de predicar a los de enfrente, de preparar la división del Juicio Final. Hemos hecho mil equilibrios, a ciencia y paciencia de las gentes, con su revolución o evolución. Esperamos todavía la nueva edición del milagro de los panes y los peces: el milagro de que los pobres sean menos pobres, sin que los ricos sean menos ricos. ¡Cuanto es tan clara la lección evangélica! Hubo multiplicación y sobrantes, porque no había habido reservas mezquinas antes de repartir.

¿Y esta torpeza insigne de quienes se creen “fuerzas vivas” porque viven bien? ¿De quienes, en vez de clamar su *mea culpa*, aguardan con los dientes afilados el desquite? ¿Y estos otros que

ante los horrores de la persecución, cuando deberían dolerse de no haberla conjurado, aún reniegan de lo poco que hicieron, y perjuran su discreto propósito de no volver a meterse en *aventuras*? Quizá haya de permitir la Providencia que sangremos por mil heridas más, a ver si surge por fin la gran Revolución, la única que puede traernos la paz de adentro. No sé: fué una noche en Belén, quería Dios celebrar nada menos que el Misterio de la Redención, bajaron los ángeles a anunciarla a todos los hombres de buena voluntad, y sólo les escucharon unos cuantos pastores.

Líbranos, Señor.

Líbranos, Señor, de la venganza y el encono; pero líbranos también del olvido, dintel de nuevas iniquidades. Abrásanos en caridad; pero avívanos la memoria. Líbranos, Señor, de creer que nuestra contienda fué una escaramuza electoral. Tenemos una legión de hermanos que quedaron tendidos con los ojos abiertos.

Líbranos, Señor, de justicias ejercidas por delincuentes, de apetitos teñidos de ideales. Líbranos de aquellos hombres públicos con moralidad de mujer pública, y muéveles a verdadera contricción.

Líbranos, Señor, a nosotros de los vicios viejos, de la frivolidad y la ineptia, de necedades y personalismos. Líbranos de nosotros mismos cuando se imponga la verdad de España.

JOSÉ CORTS GRAU.